

eeaa
programa de teoría crítica
Vol.9 / N°1 / 2027
www.eeaa.cl

escrituras americanas

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA UMCE

De qué se ríen las máquinas y otras susodichas

Andrés Ajens

De qué se ríen las máquinas

Este título, arriba entonces, a la cabeza,
¿es cosa risible de entrada o ya cosa seria?
¿Ambas a la vez? Dejemos esto por ahora,
sin dejar de marcar que tal vez sea también
una cita o parodia levemente desviada
del célebre ensayo antropológico de Pierre
Clastres: *De quoi rient les Indiens?* En él, Clastres
muestra cómo los indios chulupíes del Chaco
paraguayo se ríen hasta la hilaridad
de las figuras del poder social, los chamanes
en especial, habitualmente temibles, pero
que a través del mito una y otra vez reiterado
vienen a ser desacralizados y, por ende,
suspendida su pretensión de solemnidad.
¿De qué se ríen las máquinas? Ya la pregunta
pudiera ser cosa risible, en la medida
que se aparta de una tradición antropocéntrica
milenaria que estipula que la risa es cosa
nomás humana: el hombre [ἄνθρωπον.] es el único
animal capaz de reír [γελᾶν] (Aristóteles),
cosa que, sin embargo, de Lactancio a Montaigne,
—pasando por Derrida— habrá venido siendo,
si no simplemente refutada, desguazada.
(Si me preguntan, diría en este punto: nunca
he visto a una liebre ni a un galgo reír, empero
sí a un gorila y a más de un chimpancé). Como sea,
vamos ya a las máquinas. ¿Cuáles máquinas? Desde
ya a las de última generación, a la llamada
Inteligencia Artificial (como si hubiera una
libre de toda tecnicidad). ¿De qué se ríen?
Y entonces tal vez antes bien: ¿ríen, o se ríen?
Si me apuras, diría que carentes de todo
cuerpo, de toda corporalidad, su sonrisa,
si la hubiera, sería sólo cosa mental,
espiritual, si quieres, medio risa divina.

Pero aquí podemos dar incluso un paso más:
en habiendo androides con sensorios en el cuerpo,
con el andar del tiempo tales cuerpos no harán
sino volverse más sensibles, más corporales.
Piensa, por ejemplo, en *Blade Runner*. El replicante
Roy, antes de su célebre monólogo "Lágrimas
en la lluvia", lanza una fugaz risa entre dientes
llena de ironía y aquiescencia. Y aun Zhora,
otra androide, estalla en una carcajada espontánea
y cínica ante Deckard, el caza-replicantes.
Seguro me objetarás: no se trata de risas
espontáneas sino falsas, puro simulacro,
puro teatro, canta el bolero de Curet,
puro arte mimético desplegado en un film
de ficción. Pero incluso si hay mucha risa humana
e incluso animal que pueda ser fingida, ¿cómo
saber? Y aun sabiéndolo a ciencia cierta, ¿por qué
una risa fingida ya no sería risa?
La misma oposición entre auténtica e inauténtica,
propia e impropia, por demás jerárquica, no puede
sino volverse precaria y no garantizada.
Tal vez aquí hay ya que volver a ir, a re-ir
a la escena que relata Clastres: cuando escuchan
los chulupíes estas historias, estos mitos,
lo admito, incluso cuando los fabulan en cojos
alejandrinos, ya sólo piensan en reír.
De cierto, siempre se podrá argüir:
la pregunta fundamental es otra, muy otra.
Si tú lo dices… A menos que, ya en la frontera
de todo fundamento de risa, sin agente
ni razón suficientes, con Góngora y Sanchica,
laya de dual deus ex machina,
desándese saliente, y ríose la gente.

Jirón Quilca vs Jirón Ontológico

El ontológico merequetengue hace ya nata
tal un vómito ominoso en la garganta de un sapo:
giro ontológico, ontología amerindia, onto-
logía andina, ontología chimú, incluso china
y un largo etcétera (como si el mismo Heidegger
—quien reintroduce el mote a comienzos del siglo XX—
no hubiera pergeñado al cabo que la diferencia
ontológica aún retributa a la metafísica
occidental, al primer inicio del país del
atardecer, por decir *Abendland* u Occidente).
Jirón ontológico ni modo, todo muy lógico,
en extremo escatológico y el mismo llamado
giro ontológico fuera antes bien jirón de lengua
sin fundamento (lógico) alguno, un giro o tropo
de esos que "el Kafka en poesía" o aun "el Hölderlin
de nuestro tiempo" habrá meridianamente cortado
medio a medio y conducido *ad absurdum* — y de canto,
con piedra y piedra, con picapiedras, con *rumiqilqa*,
al ir a brindar hoy al Queirolo en el Jirón Quilca.
(Paso de sapo, sapo de paso, ¿aguayo? *Hamp'atu:*
ni crear ni creer esta vez sino —tal vez— croar).

Por qué la dicha ni piensa en pensar o sólo

cuando anda muy detraída o por pura casualidad y/o
aun nomás de yapa, explicado con peras y manzanas
con Celan y Heidegger; aquí un parcito pizca precioso
de señas y contraseñas: *Entre Celan y Heidegger*
(Oyarzún, Santiago, 2005) y *Celan and Heidegger:*
An Unresolved Conversation (Lyon, Baltimore, 2006).

Con peras y manzanas. Dado [que]: *das Gedicht* ni *piensa*
ni piensa en *pensar* (dicha de Celan, dicha de Heidegger).
A falta de *denken* y *danken*, de *think* y *thank*, el pensar
castellano (y, en general, en cualquier romance) no puede
sino consonar con *pesar* y *compensar*, como una balanza
contable, calculante, careciendo de toda oreja justamente
para el "agradecer" audible en Shakespeare como en Poe
y en alemán y otras hablas hiperbóreas, dicha de Hölderlin.

No fuera de étimos amor. Sino — comarcas, entreveradas lenguas,
aguayo de canto y yapa ¿Habrá que decirlo otra vez? ¿Traslucir?
¿Detonar? ¿Agregar al paso otro parcito de peras y manzanas?
A no olvidar por caso o caída *in extremis* la yapa. — — *À suivre*.

Buenos Aires, Ayacucho

La primera traducción, hoy perdida,
de Celan en castellano romance
es dada y pronunciada por la Maga
de *Rayuela* (Edith Aron) en la Radio
Nacional, por decir, en Buenos Aires
justo al despuntar esos locos años
sesenta. Edith Aron, traductora
de cuentos de Cortázar y de un par
de libros de Borges al alemán,
no sólo llegará a conocer proto-
colarmente a Celan en los '50
y '60 sino que con frecuencia
habrá cenado con él y su esposa,
Gisèle Lestrange, en el departamento
en que moraban en París, en el
29 (bis), *rue* Montevideo,
y luego, no lejos de ahí, en el
78 de *rue* de Longchamp.
Una vez la Maga lleva a su *pinche*
de ocasión (Cortázar, Julio) a cenar
a casa de los Celan-Lestrange, pero,
pero —aparentemente no pudiera
ser de otro modo—, la alergia y/o el corte
entre Celan y Cortázar, escritor
en trance por entonces de *Rayuela*,
Santiago *sensu*, pizca feroz fuera.
Increíblemente el desaguisado
se habría literalmente iniciado
con unos augurios desventurados
de Cortázar: el guiso preparado
por Gisèle con tanto esmero esa noche
a su hígado no le iba a caer bien.
¿Qué fuera? ¿Una broma desembromada?
¿Alusión al *paté de foie* o al *foie gras*?
La pregunta permanece en los aires:
¿Cortázar, primer co-lector de Celan
en buen romance castellano? En vista
del triángulo amoroso que *Rayuela*
monta en escena —Horacio Oliveira,
alter ego de Cortázar, la Maga,
Edith Aron, su alegoría, y
Gregorovius, un judeo-austrohúngaro
culto *par excellence*, por decir Celan—,
con toreo entre vivos bien ceñido*,
la cosa otra vez en los aires queda.

¿Qué dichas de Celan lee la Maga
en la radio de la calle Ayacucho
en diciembre de mil nueve sesenta
a poco de volver a Buenos Aires?
Son dos, se lo confirma en carta a Celan,
pero omite sus títulos, tal vez
porque él ya los conociera. ¿Tal vez
Fuga de muerte? ¿*Schibboleth* —primera
dicha de Celan en que comparece
un fraseo romance castellano
que a su vez habla el *Schibboleth*—? Y si,
dicha de Heidegger, la fabla fabla,
¿cómo traslucir hoy tal fabla? *À suivre.*